

inclusión en una determinada fase de la división del trabajo. Pero cualquier otro que no sea él se da cuenta de que los pequeños labradores vasallos propuestos aquí por Sancho distan mucho de hallarse en condiciones de que “cada uno de ellos llegue a ser un Yo omnipotente” y de que su propiedad sobre la andrajosa parcela que trabajan está muy lejos de corresponder a la tan ensalzada “propiedad sobre todo”. En el mundo real, las relaciones entre los individuos dependen de su modo de producción, razón por la cual el “quizá” de Sancho echa quizá por tierra toda su asociación. Pero “quizá”, o, mejor dicho, indudablemente, expresa ya aquí Sancho su verdadera concepción acerca de las relaciones dentro de la asociación, a saber: la concepción de que las relaciones egoístas descansan sobre lo sagrado.

Sancho nos revela aquí la primera “institución” de su asociación futura. Los sublevados, que aspiraban a “suprimir toda constitución”, “se constituyen a sí mismos”, “optando” por una “constitución” de la propiedad privada. Como vemos, Sancho tenía razón cuando no cifraba grandes esperanzas en las nuevas “instituciones”. Y vemos, al mismo tiempo, que ocupa un puesto descollante entre los “talentos sociales” y posee “una inventiva extraordinariamente grande para cavilar instituciones de tipo social”.

2. ORGANIZACIÓN DEL TRABAJO

“La organización del trabajo se refiere solamente a aquellas labores que otros pueden hacer por Nosotros, como son, por ejemplo, el matar el ganado, cultivar las tierras, etc.; los demás trabajos siguen siendo egoístas, ya que nadie puede sustituirte, por ejemplo, como compositor musical, como pintor, etc. Nadie podría suplir a Rafael en sus trabajos. Éstos son trabajos de un individuo único, que sólo este Único podía ejecutar, mientras que aquellos otros pueden llamarse trabajos *humanos*” (en la pág. 356 se los identifica con los de “*utilidad común*”), “porque lo *propio* en ellos es de poca monta, razón por la cual puede educarse para ejecutarlos casi a *todos los hombres*”, pág. 355.

“Es siempre conveniente que Nos pongamos de acuerdo acerca de los trabajos humanos, para que no absorban, como bajo la competencia, todo nuestro tiempo y nuestro esfuerzo. ...Pero, ¿para quién se trata de ganar tiempo? ¿Para qué necesita el hombre disponer de más tiempo que el que le hace falta para renovar sus fuerzas de trabajo desgastadas? En este punto, el comunismo guarda silencio. ¿Para qué? Para estar contento consigo mismo como del Único, después de haber hecho lo que le correspondía como hombre”, págs. 356, 357.

“Mediante el trabajo, puedo desempeñar las funciones de presidente, de ministro, etc.; estos puestos sólo exigen una cultura general, una cultura accesible a cualquiera... Pero, si cualquiera puede ocupar estos puestos, sólo es la capacidad única del individuo, la propia y exclusiva de él, la que les da, por así decirlo, vida y significación. El hecho de que desempeñe su cargo, no como un hombre vulgar y corriente, sino poniendo en ello las dotes de su unicidad no se le paga, al remunerarle solamente sus servicios como funcionario o ministro. Si os ha servido a satisfacción y queréis seguir conservando esta capacidad satisfactoria del Único, no debéis pagarle simplemente como a un hombre que se limita a desempeñar funciones humanas, sino como a alguien que hace algo único”, págs. 362, 363.

“Si puedes procurar placer a miles, serán miles los que te paguen por ello, puesto que dependerá de ti el dejar de hacerlo, razón por la cual deben comprar tus actos”, pág. 351.

“No se puede imponer una tasa general sobre mi unicidad, como se impone sobre lo que hago en cuanto hombre. Solamente esto último puede sujetarse a una tasa. Imponed, pues, una tasa general para los trabajos humanos, pero no hagáis perder su mérito a vuestra unicidad”, pág. 363.

Como ejemplo de la organización del trabajo en la asociación, se cita aquella panadería pública de que ya hemos hablado. Estos establecimientos públicos son necesariamente verdaderas maravillas, en medio de la vandálica parcelación que más arriba se da por supuesta.

Primeramente, hay que organizar el trabajo humano, acortándolo, para que luego el hermano Straubinger, al retirarse de trabajar temprano, pueda “estar contento consigo mismo

como del Único" (pág. 357), mientras que en la pág. 363 el "disfrute" del Único consiste en su remuneración extraordinaria. En la pág. 363, la manifestación de vida del individuo no viene después del trabajo humano, sino que el trabajo humano puede ejercerse como único y reclama, entonces, un suplemento de salario. De otro modo, el Único, a quien no le interesa precisamente la unicidad, sino la alta remuneración, podría guardarse la cualidad de Único en el ropero y, a despecho de la sociedad contentarse con representar el hombre vulgar y corriente, divirtiéndose así. Según la pág. 356, el trabajo humano coincide con el trabajo de utilidad común, pero, según las págs. 351 y 363, el trabajo único se acredita precisamente por el hecho de ser un trabajo de utilidad común o de ser, por lo menos, útilmente remunerado de un modo extraordinario.

La organización del trabajo en la asociación consiste, pues, en separar el trabajo humano del trabajo único, en establecer una tasa para el primero y en regatear en torno a un suplemento de salario para el segundo. Este suplemento de salario es, a su vez, doble: uno para la ejecución única del trabajo *humano*, y otro para la ejecución única del trabajo *único*, lo que viene a complicar enormemente la contabilidad, tanto más por cuanto lo que ayer era un trabajo único (por ejemplo, el hilar hebra de algodón núm. 200) se convierte hoy en un trabajo humano, y puesto que la ejecución única de trabajos humanos exige una constante auto-soplonería en interés propio y una soplonería general en interés público. Por tanto, todo este plan tan importante de organización se reduce a una asimilación totalmente pequeño-burguesa de la ley de la oferta y la demanda, hoy vigente y que todos los economistas exponen. Sancho puede encontrar ya explicada en Adam Smith y tasada en el norteamericano Cooper la ley con arreglo a la cual se determina el precio de aquellos trabajos que él llama únicos, por ejemplo, el de una bailarina o el de un médico o abogado prestigiosos. Los economistas modernos explican a base de esta ley los elevados salarios de lo que ellos llaman *travail improductif** y los

* Trabajo improductivo (*N. de la ed.*).

bajos salarios de los jornaleros, así como las desigualdades del salario en general. Por donde volvemos a arribar, con la ayuda de Dios, a la competencia, pero a la competencia ya muy venida a menos, tan venida a menos, que Sancho puede proponer una tasa, una fijación del salario por medio de la ley, como en los siglos XIV y XV. Y vale la pena advertir, además, que la idea puesta aquí sobre el tapete por Sancho es presentada también como algo completamente nuevo por el señor Mesías Dr. Georg Kuhlmann, de Holstein.

Lo que aquí llama Sancho trabajos humanos es, dejando a un lado sus fantasías burocráticas, lo mismo que generalmente se entiende por trabajo mecánico y que el desarrollo de la industria va confiando cada vez más a las máquinas. Es cierto que en la "asociación" y en la organización de la propiedad territorial expuesta más arriba, las máquinas constituyen una imposibilidad, razón por la cual los campesinos vasallos conscientes de esto prefieren ponerse de acuerdo acerca de sus prestaciones. Por lo que se refiere al "presidente" y al "ministro" Sancho, *this poor localized being*,* como dice Owen, juzga ateniéndose a lo que directamente le rodea.

Como de costumbre, tampoco aquí tiene suerte Sancho con sus ejemplos prácticos. Dice que "nadie puede sustituirte, por ejemplo, como compositor musical, como pintor, etc. Nadie podría suplir a Rafael en sus trabajos". Sancho podría saber, sin embargo, que la mayor parte del Réquiem de Mozart no fue compuesto y acabado por Mozart mismo, sino por otro Mozart, y que muy pocos de los frescos de Rafael fueron "ejecutados" por Rafael en persona.

Sancho se imagina que los llamados organizadores del trabajo pretenden organizar la actividad total de cada individuo, cuando son precisamente ellos quienes distinguen entre el trabajo directamente productivo, que es el que debe organizarse, y el trabajo que no es directamente productivo. Y en estos trabajos no se trata, como Sancho se figura, de que cada cual pueda trabajar sustituyendo a Rafael, sino de que todo aquel que lleve dentro un Rafael pueda desarrollarse sin trabas. Sancho se imagina que Rafael pintó sus cuadros independientemente de la división del trabajo que en su tiem-

* Este pobre ser localmente limitado (*N. de la ed.*).

po existía en Roma. Si compara a Rafael con Leonardo da Vinci y el Ticiano, podrá ver hasta qué punto las obras de arte del primero se hallaban condicionadas por el florecimiento a que entonces había llegado Roma bajo el influjo de Florencia, como más tarde las del tercero por el desarrollo, totalmente distinto, de Venecia. Rafael, ni más ni menos que cualquier otro artista, se hallaba condicionado por los progresos técnicos del arte logrados antes de venir él, por la organización de la sociedad y la división del trabajo dentro de su localidad, y finalmente por la división del trabajo en todos los países con los que su localidad mantenía relaciones de intercambio. El que un individuo como Rafael desarrolle su talento depende enteramente de la demanda, la que, a su vez, depende de la división del trabajo y de las condiciones de cultura de los hombres, que de ello se derivan.

Stirner se halla, aquí, muy por debajo de la burguesía, cuando proclama la unicidad del trabajo científico y artístico. Ya ahora se ha considerado necesario organizar estas actividades "únicas". Horace Vernet no habría tenido tiempo de pintar ni la décima parte de sus cuadros si los hubiese considerado como trabajos "que sólo este Único podía ejecutar". La gran demanda de *vaudevilles* y novelas en París ha determinado una organización del trabajo para la producción de estos artículos, que suministra cosas siempre mejores que sus competidores "únicos" en Alemania. En astronomía, gente como Arago, Herschel, Enke y Bessel han considerado necesario organizarse para poner en común sus observaciones, habiendo llegado desde entonces a algunos resultados provechosos. Y en historiografía sería absolutamente imposible para el "Único" llegar a aportar algo, y hace ya mucho tiempo que los franceses han ganado aquí la delantera a otras naciones, gracias también a la organización del trabajo. Por lo demás, se comprende que todas estas organizaciones, basadas en la división moderna del trabajo, conducen siempre a resultados extraordinariamente limitados y sólo representan un progreso cuando se las compara con el limitado aislamiento en que hasta aquí venían manteniéndose las cosas.

Hay que señalar especialmente, además, que Sancho confunde la organización del trabajo con el comunismo y hasta se asombra de que "el comunismo" no conteste a sus obje-

ciones acerca de esta organización. Del mismo modo podría un muchacho aldeano de Gascuña quejarse de que Arago no sepa decirle en cuál de las estrellas ha establecido su corte el buen Dios.

La concentración exclusiva del talento artístico en individuos únicos y la consiguiente supresión de estas dotes en la gran masa es una consecuencia de la división del trabajo. Si, incluso en ciertas condiciones sociales, cada cual pudiera llegar a ser un pintor magnífico, esto no excluiría, ni mucho menos, el que cada cual fuese un pintor original, con lo que también en este punto quedaría reducida a un puro absurdo la distinción entre el trabajo "humano" y el trabajo "único". En todo caso, en una organización comunista de la sociedad desaparece la inclusión del artista en la limitación local y nacional, que responde pura y únicamente a la división del trabajo, y la inclusión del individuo en este determinado arte, de tal modo que sólo haya exclusivamente pintores, escultores, etc., y ya el nombre mismo expresa con bastante elocuencia la limitación de su desarrollo profesional y su supeditación a la división del trabajo. En una sociedad comunista, no habrá pintores, sino, a lo sumo, hombres que, entre otras cosas, se ocupan también de pintar.

La organización sanchesca del trabajo pone claramente de manifiesto hasta qué punto todos estos caballeros filosóficos de la substancia se contentan con simples frases. La subsunción de la "substancia" en el "sujeto", acerca de lo que pronuncian frases tan solemnes, la reducción de la "substancia", que domina el "sujeto", a un mero "accidente" de este sujeto, se revela simplemente como "vacua charlatanería".⁽⁴⁴⁾ Por eso se abstienen sabiamente de entrar en la división del trabajo, en la producción material y en el intercambio material, que son precisamente los que encuadran a los individuos en determinadas relaciones y actividades. Para ello, sólo se trata, en términos generales, de inventar nuevas frases en torno a la interpretación del mundo existente, frases que se convierten tanto más seguramente en grotescas fanfarronadas cuanto más creen colocarse por encima de este mundo y ponerse en contraposición con él. Y de ello tenemos un deplorable ejemplo en el propio Sancho.